

es hacer pan para nuestros tiempos; y si hubiera estado bueno eso en otros, abundantes en varones, que fueron amor y son deseo ardentísimo de las Musas. Más precisamente los pongo allí porque no soy partidario del curso, que traen ahora las letras, rompiendo con todo lo tradicional; y adoro los aureos días de letras que pasaron, y plegue á Dios hacer que (como el ave Fénix de la fábula) revivan más vigorosas y remozadas de entre sus pavesas, que esconden lumbre y aliento todavía.

Mexico, Agosto de 1893.

ELIO TURNO DE ZAMORA.

AURELIANO

(Fragedia representada en el Seminario Metropolitano de Méjico, el 9 de Septiembre de 1890, con motivo de la Fiesta Titular del propio Colegio.)

PERSONAJES.

FALERIO, procónsul de Atenas,
AURELIANO, hijo del anterior,
CANIDIO, sacerdote de Júpiter,
MEVIO, sacerdote de Apolo,
AGESILAO, sacerdote cristiano y esclavo de Falerio.

Pretorianos, pueblo Ateniense.

La acción se supone acaecida en Atenas, el año 132 de N. S. J. C.

ACTO I.

(Galería de columnas Dóricas en el Alcázar de Atenas.)

ESCENA I. *Canidio y Mevio.*

Canidio. Protegieron los dioses inmortales,
Como lo adviertes, mi feliz camino.
Y rosas sin espinas coronaron
Inesperadas el intento mío.

Mevio. ¿Qué te acogió benévolo y amable
El gran emperador Elio divino?

Canidio. Y más aún, que me otorgó el decreto
De perseguir con indomable brío
Del Cristo á los fanáticos sectarios,
Que en las grutas y bosques escondidos
Hacen crecer impunes en Atenas
Su rebelión y su poder impío,
Y extendiendo sus pútridas raíces,
Bajo la tierra y trono de Quirino,
Casi amenazan derrocar á Roma,
Y hundirla en pavoroso cataclismo.

Mevio. Dijiste la verdad, hoy anublada
A muchísimos hombres seducidos
La fé en los altos dioses se presenta,
Y de la tierra se alejó el Olimpo.
De la patria los dioses tutelares
Sin coronas están si no vencidos,
Y ¡oh mengua, oh perversión de las costum-
Esos Cristianos de vivir indignos (bres!
Alzar pretenden en las aras nuestras
La cruz infame de su dios proscrito.

Canidio. Mas esta ley del vencedor Adriano
Irá calmando su hambre de dominio,
Al Procónsul Falerio en ella manda
Que, si no ofrecen la oblación sumisos
A los excelsos Númenes en tanto
Que hace el padre sol su diurno giro,
Se arrojen á tormentos espantosos
O entre las fieras del ruidoso circo
Sin tregua ni perdón, que los ampare,
Esos que adoran al mortal Judío,
Que pretendió con sin igual locura
El mundo subyugar desde un patíbulo.

Mevio. Mandato semejante era forzoso.
¿No ves que en sus maldades infinito
Ese gremio de inútiles perversos

Corrompe á los creyentes desvalidos,
Y busca adeptos de brillante alcurnia
En los palacios con afán inicuo?
¿Qué será, qué será que en algún día
La fé domine de ese Palestino;
Queden los templos del Amor desiertos,
El fuego sacro sobre el ara extinto,
Las Vestales dispersas, profanadas,
Y de Apolo los ánditos vacíos?
¿Qué, dejando sus bosques seculares,
Huirán los dioses de la Grecia amigos?
Nunca; primero en sangre de cristianos
Naden los simulacros del Olimpo.
¿Bien hayas tú, que con viril constancia
Obtuviste el decreto de exterminio!
Pero, dime ¿no temes que Falerio
En su clemencia y su bondad sin tino
Tempere ese rigor, que el mismo crimen
Tan horroroso exige en el castigo?
¡Ay! que su hijo el mísero Aureliano
Mueve á su gusto el corazón benigno
De su padre amoroso: ese mancebo
Con su inconstancia y juveniles bríos,
Su amor de libertad, su mente loca
El bienestar de Atenas ha impedido.
Su amor desaforado al indigente
Mancha su toga y su renombre mismo;
Y como premio á corazón tan blando
A monarca subió de los mendigos.
Por él Falerio al delincuente evita
A veces los horrores del suplicio;
E indulgencia tan amplia é imprudente
Las selvas ya pobló de foragidos.
A su amparo los pérfidos Cristianos
Casi arrojan la máscara, y su Cristo

Adoran á la faz del Capitolio
Con insolencia y bárbaro cinismo.

Canidio. ¡Ese hijo! Mevio, lese hijo! desalmado
Cual Catilina y como Sila impío
Ya la virtud oscureció del padre,
Y envileció su helénico heroísmo.

Mevio. ¡Ah! que los Hados á mi paz adversos
Le ponen hoy en mi fatal camino.

Canidio. ¿Qué te ofendió? Refiéreme el quebranto,
Que así te mueve á querellarte, amigo.

Mevio. Es un secreto, que mi pecho guarda,
Porque me es doloroso aun el decirlo.

Canidio. Pues la amistad á mi silencio abona,
Confíame el secreto, te lo pido.
Yo también de Aureliano sé un misterio.
El mismo habrá de ser: ya lo adivino.

Mevio. Te voy á referir lo que me apena,
Me roba el sueño, néctar de la vida,
Y que mis noches de pesares llena.
Tú sabes que mi amor ¡prenda querida!
Es mi Aurelia gentil, que delicada
Siempre eduqué para el santuario augusto.
Era su encanto coronar de flores
De Vesta ó Palas el sagrado busto,
Y no supo de pérfidos amores.

Ciñe y defiende de profana audacia
La toca de Vestal su faz hermosa,
Que á porfía los dioses adornaron:
Pero ¿qué importa si con maña odiosa
Su corazón falaces me robaron?
Era mi dicha ó mi feliz consuelo,
Que en mis horas de negra desventura
Por su piedad me regalara el cielo.
Cuando el desdén de cortesana gente,
O bien la intriga de palacio impura

Me atribularon horrorosamente,
Con sus caricias y filiales voces
Calmó mi pena y mi inquietud atroces.
Y ¡cuantas veces, si gastada el alma
Era de luchas y de afán compendio,
Mi pecho ardía sin hallar la calma,
Un beso suyo mitigó mi incendio!

Canidio. Ya basta de lamentos, en resumen
Dí la aflicción con que te oprime el Numen.

Mevio. Voy á decir: mas subitamente
La hallé cambiada, sin hablar, sombría,
Pálido el rostro y su mirar ardiente
Nublado de mortal melancolía.
Probé sus penas desterrar en vano,
No pude hallar á su aflicción remedio;
Ya no me amó su corazón tirano,
Y mis caricias la causaron tedío.

Por saber el secreto, que ocultaba,
Yo la mimé con afición paterna,
Y á veces sin motivo se cuajaba
De llanto amargo su pupila tierna.
La ruego por su madre, por el cielo
Que sin pena me diga, ni recelo
La causa del tormento, con que lidia.
Y al fin lo supe ¡oh padre desdichado!
Que Aureliano de mi hija enamorado
Su corazón me arrebató ¡perfidia!

Canidio. ¡Bravo amador! ¡Una vestal Helena
En mujer convertida de un Cristiano!

Mevio. ¿Qué dices?

Canidio. Lo que escuchas: esa hiena,
Que rapaz tiende á tu vestal su mano,
Adora á ese Jesús, y aún la toga
Amenaza arrastrar de su Falerio,
Si pronta mano su altivez no ahoga.

Mecio Y ¿como penetraste ese misterio?
Canidio. Era una tarde, tarde de aquilones,
 La ronca tempestad se aproximaba,
 Y enmedio á los hirvientes nubarrones
 La centella tronando se enroscaba.
 Yo caminando por quebrada ruta,
 Huí de la rencilla de los vientos,
 Busqué refugio en escondida gruta,
 Cueva sagrada, que de Atenas cerca,
 En medio está de lobreguez hirsuta,
 Consagrada á la ninfa de la alberca,
 Que vecina se esconde en la enramada,
 En otro tiempo á Pan y los Amores.
 Una silvestre vid vela su entrada
 Suspendiendo sus tallos trepadores
 En la roca siniestra y enlamada.
 En torno el bosque se percibe escueto,
 Y alguna vez resuenan sus zampoñas
 Los pastores felices del Himeto.

Entréme pues en la caverna huyendo
 Del aquilón y de la lluvia fría;
 Y ya en el cielo su fragor tremendo
 Júpiter mismo con su carro hacía.

Rocógime en los negros aposentos;
 Y escuché de repente sorprendido
 De un coro los dulcísimos concertos,
 Que traían de abajo hasta mi oído
 En sus alas ya húmedas los vientos.

Juzgué de pronto que las ninfas eran,
 Las ninfas de la gruta moradoras
 Al son de suave cítara cantoras.
 Devoto fuí por la tortuosa senda,
 Que la roca á mis pasos ofrecía;
 Ya no escuché ni la borrasca horrenda,
 Ni ví la luz del moribundo día.

De suave mirra religioso aroma
 Perezoso flotaba en el ambiente,
 Y remedando arruyos de paloma
 El coro resonaba tiernamente.
 Por un hueco de roca gigantea
 Pude ahí divisar furtivamente
 De cristianos recóndita asamblea.

En un recinto, que talló natura
 Bajo aquellos agudos peñascales,
 Tiene su templo, su mansión impura
 El numen de esos míseros mortales.
 Lámparas siete de gentil figura,
 El hondo subterráneo iluminaban,
 Y en tosco pedestal una escultura
 De mujer hermosísima bañaban.
 Negra serpiente en sus anillos fiera
 El tierno pié de la mujer ceñía;
 Y entre peñascos pardos y groseros
 En una cruz agonizando horrible
 El Dios ajusticiado aparecía.

Nichos labrados en la roca viva
 Encerraban, oh Mecio, algo terrible,
 Quizá despojos de la muerte esquiva,
 Restos de castigados criminales.
 Y en sus lápidas vi peces grabados,
 Signos oscuros, toscas y fatales
 Incripciones, los nombres de los muertos,
 La cruz infame y ánforas henchidas
 De lágrimas quizá, manchas de sangre,
 Y en albas urnas corazones yertos.
 Imbécil multitud de clases varias
 En torno de la estatua se veía:
 Junto á esclavas astrosas y precarias
 Ricas señoras, niños infelices,
 Ancianos nobles, ricos y plebeyos,

Y vírgenes con torpes meretrices,
 Que Atenas infamó, mancebos bellos
 Ahí estaba Aureliano, sus facciones
 Reconocí de una hacha á los destellos,
 Oí su voz entrelazada al coro,
 Y en sus mejillas, de un varon indignas,
 Ví resbalar el afrentoso lloro.
 Pues bien, él morirá . . . yo te lo juro,
 Que la orden, sí, por acatar de Adriano,
 Si yo rebelo su delito oscuro
 Y á los dioses no inciensa, lo aseguro,
 Su mismo padre se verá forzado
 A mandarle al suplicio.

- ¡Desdichado!
- Mecio.* ¡Ay! dulce amigo, tu rigor no mides,
 Y al matar á ese joven insensato
 ¡Ay! de mi hija el corazón divides
 Y él de este viejo, que el destino ingrato
 Ha condenado a tan siniestras lides.
- Canidio.* ¿Qué tú le amas? ¡Menguado! ¿Quién creye-
 Que un sacerdote del excelso Apolo (ra
 Hasta besar el fango descendiera!
 ¿Quién puede á tanto se humillar? Tá solo.
 ¿Tú, que de noble castidad blasonas,
 En torno ves de tu hija al lujurioso,
 Y no sólo su audacia le perdonas,
 Sino quieres guardarle cariñoso,
 Que más y más te befe, su ludibrio
 Ser para siempre, y tu vestal impura
 Guardar para esa pérfida criatura?
- Mecio.* ¡Ay! á la hija de mi alma no atropelles
 Con tu palabra, que el amor me doma.
 Y el ser severo me parece amargo.
- Canidio.* Te duele la verdad, y sin embargo.
 Empujas hasta el cieno tu paloma;

E irás mañana con las manos puras
 A ofrecer el tremendo sacrificio
 Al sabio dios, que reina en las alturas.
 ¡Cómo deslumbra engañador el vicio!
 ¡Oh triste condición de los humanos,
 Que miran una mancha en lontananza,
 Y no atinan á ver la de sus manos.
 Pues bien, haz lo que quieras, las maldades
 Patrocina: Canidio te amonesta
 Que de un viejo patrón de liviandades
 El Dios de Delfos la oblación detesta.
 Del Numen la ira, que en los cielos arde
 (Acuérdate de mí) sobre tu frente
 Rayo fatal descargará más tarde.

- Mecio.* No, Canidio, este anciano es inocente.
 Ya quiero lo que tú, me uno contigo:
 Que muera ese mancebo, de los dioses,
 De tí y de mí terrífico enemigo.
 Que caigan destrozados los infieles,
 Cual sacerdote á su ruina aspiro,
 Aunque mi hija fallezca desolada
 De amor funesto en los tormentos crueles
 Cuando él arroje su postrer suspiro.
- Canidio.* Así te reconozco Más de pasos
 Rumor se escucha Es Aureliano mismo
 A quien muy pronto tragará el abismo.
 (*Entra Aureliano acompañado de Agesilao.*)
- ESCENA II. Dichos, Aureliano y Agesilao.
- Canidio.* Noble hijo del Procónsul, Dios te guarde.
- Aureliano.* ¿Es ya de Macedonia tu regreso?
 Pues digo á fé que no volviste tarde.
- Canidio.* Y que torné con el mejor suceso:
 Me oyó el Emperador benignamente,
 Y á vuestro padre este mandato envía.
 (*Da á Aureliano el pergamino, que trae.*)

Manda inmolar á la cristiana gente,
Si no cede en el término de un día.

(Aparte.)

Agesilao. Ya del poder de las tinieblas la hora
El Padre celestial llegar ha hecho.
El nos tienda su mano protectora,
Y dé virtud y fortaleza al pecho.

(Devolviendo el decreto.)

Aureliano. Más tan duro rigor es excesivo.
Si el hombre tiene celestial derecho
De dar su corazón á quien quisiere,
¿En que delinque cuando el noble pecho,
Su voluntad é inteligencia adhiere,
A ese Dios ignorado, que deshecho
En amor por los hombres, dicen, vino
A dar al mundo su poder divino?

Canidio. No es permitido levantar el vuelo
E hincharse de soberbia vanamente
Con el intento de rasgar el cielo,
Cielo, que se adorará antiguamente;
Y es deshonoroso de la propia gente
Dejar la religión, que nos nutriera,
Por los sueños de turba forastera.

Aureliano. No sé quien se deshonorra mayormente,
Si él que alimenta religión distinta,
O quien por esto le llevó al cadalso,
Y en frente agena la deshonorra pinta.

Canidio. Tendrás razón, no sé, yo no discuto
Del César los edictos, obediente
De sumisión les rendiré tributo.
Voy á entregar el imperial decreto
A tu padre, que espero cual procónsul
La orden suprema cumplirá discreto.

(Vanse los dos sacerdotes Etnicos.)

ESCENA III. *Aureliano y Agesilao.*

Aureliano. ¿Eso escuchaste? oh caro Agesilao.
Nube de sangre nos envuelve densa,
Y la cuchilla, que amenaza muerte,
Encima está de la cerviz suspensa.

Agesilao. Deja, no temas, de Israel el fuerte
De lobos en poder nunca abandona
A su selecta grey, consuelos vierte
Al pecho de sus hijos perseguidos;
Y hasta al ingrato con amor perdona,
Si lucha entre los hombres escogidos.
¿Es la de espinas la mejor corona!
Y la gloria mayor, que no se muda,
Verter la sangre para ser testigo
De la augusta Verdad, que al fin desnuda
Vaga entre un pueblo torpe y enemigo.
Mas dime esa aflicción, de que me hablaste,
Que tu sensible corazón lacera.
Sabes que te amo con amor paterno,
Y por tu dicha mi existencia diera.
Cuando ya sacerdote del Eterno
Fuí arrebatado de mi patria cara,
Do serpea entre juncias vocinglero
El lento Cidno de corriente clara,
Vine de esclavo á tu clemente padre;
Quiso Dios para Cristo conquistara
Yo el alma tierna de tu dulce madre;
Y de niño mil veces te mecía
Yo con amor en mis desnudos brazos,
Y con místicos cantos te dormía.

Cuéntame, hijo, por fin tu pena fiera.
Yo te hablaré de los pesares hondos
Del maestro Jesús, tu dulce amigo.
Ese consuelo te dará siquiera.

Aureliano. ¡Ay! sacerdote del Señor, yo siento
Vergüenza de decirte mis dolores,
Que no es de los que elevan mi tormento.
Es el penar funesto, que me aqueja,
La huella misma, que Satán nos deja
Cuando flotó del alma en el aliento,

Agesilao. Tanto mejor, el paternal regazo
Para el hijo culpable el cielo diera
Al sacerdote y el unguido brazo.

Aureliano. De un enviado de Dios es tu palabra,
Porque en mi pobre corazón inmundo
Mil sentimientos de confianza labra.

Oye la historia en lágrimas escrita.
De un corazón, á quien hiriera el mundo.

Era la hora, en que agoniza el día
Y el lago bullidor se arroja en bruma,
El sol como monarca se dormía
Del ancho Egeo en la argentada espuma,
La sombra de los montes descendía,
Aullaba el lobo en la extensión salvaje,
Y en el ocaso un nubarrón tendía
De fuego su ondulado cortinaje.

Yo de Atenas vagaba en el contorno,
Y, admirando de Dios tantas hechuras,
Bellezas tantas contemplaba en torno:
Entre el follage truncas esculturas,
Que ajaron al caer la fresca yerba,
El blanco Partenón en las alturas
Y en su cima la estatua de Minerva.

La luz fallece y la tiniebla avanza,
Las selvas y los montes azulinos
Se pierden en oscura lontananza
Con sus diademas de perennes pinos.

No lejos en la loma consagrada
Hay una estatua de marmórea diosa,

Que estaba aquella tarde circundada
Con triple cinta de tejida rosa.

Miré subir por la vetusta loma
De Vestales suavísima parvada
De tierna faz y pecho de paloma.
Eran sus pies como de rosa y hielo,
Sus cuerpos rozagantes envolvían
Túnicas leves de color de cielo,
Y con zonas de oro se ceñían.
Dorada su flexible cabellera
Flotaba con el aura vespertina,
Y en orden por la mística ladera
Iban á la deidad de la colina.
Antorchas combatidas por el viento
En las cándidas manos ostentaban;
Y luego al rededor del monumento
Con voz cual de Sirena peregrina,
Que ofrece mil halagos, entonaban
Vírgenes todas la canción divina.
De la curiosidad á los impulsos
¡Curiosidad desde al nacer culpable!
Me acerqué á la profana ceremonia;
Y una vestal . . . me pareció admirable
Más allá de la justa parsimonia.

Cual se perciben en caverna oscura
Los ojos del león, que nos asalta,
Como dos ascuas; y el aliento falta
Al corazón en hórrida tortura:

Así de aquella mota allá en la altura,
Cabe la estatua en un peñasco alta,
Que tierno musgo de verdor esmalta,
Miré los ojos de esa Aurelia pura.

No sé decir lo que sentí: hechicera
En mí ejerció su misterioso encanto
Tal vez, oh padre, y mi alma desespera.

Sentí cual gozo y cual profundo espanto;
Y al recordar aquella vez primera
Me arranca el alma subitáneo llanto.

Agesilao. Disipa esa ilusión, hijo del alma,
El veneno engañoso del pecado
Siempre nos roba la bendita calma
De luz y de belleza disfrazado.

Ahuyéntala por Dios, y no se diga
Que un hijo de los cielos, un cristiano
En la tierra asquerosa y enemiga
En pos se arroja de fantasma vano.

Provocativa la mundana imagen
De esa gentil desvanecer procura.
Y, si buscas amor, si á amar te impele
Tu corazón sediento de ternura,
No busques el amor en este mundo,
Que de la tierra huyó, porque era impura.

Sueña el alma, ó en sombras imagina
Ver en la tierra, que la culpa empaña,
La suma luz de la beldad divina,
Cual mirara el Profeta en la montaña
La espalda de Jeováh deslumbradora;
Y buscando ese sol de la hermosura
Con ímpetu y afán, que la devora,
Remóntase y se pierde en el altura,
Y no hallando la faz, que entremirara,
Y creyendo mirar su lumbre pura,
A la hermosura terrenal se apega,
Y así, buscando el esplendor del día,
En los horrores de la noche umbría
Sin alas el espíritu se anega.

Tu alma, mariposa que ha nacido
A revolar en torno de la lumbre
Del infinito bien, (que está escondido
Del mundo tras los últimos confines,

Donde queman en él con dulcedumbre
Alas y corazón los Serafines)
Va por el bajo mundo reducida
A abrasarse en los círculos de llama,
Que del foco divino desprendida
El corazón de una mujer inflama.

Mira tu religión, que á amar te llama:
Ya Dios amante, de tu amor vencido
Por tí clavado en una cruz, te ama:
Ese amor terrenal dale al olvido.

Aureliano. ¡Ay! yo quise olvidar...la y muchas veces
Pensé llenar mi corazón sediento
Con amor de Jesús; pero al momento
Sentí glaciales mis cristianas preces,
Volaba á otro lugar mi pensamiento.
En mis entrañas mundanal centella
Arde, y me dice el Tentador artero:
“¿Que das á Dios tu corazón entero,
“Eres ingrato, la mitad es de ella.”
Vencer no puedo mi pasión furiosa,
Y al fin de pena y de combate tanto
Llena mis ojos execrable llanto.

Agesilao. Hijo mío, medita mis palabras:
Si sigues ese amor, que te domina,
¿Serás feliz? Supón que corresponda
Esa Vestal a tu pasión indina.
¿Ese profundo afecto cuanto dura?
El curso de los años se apresura,
Y ¡el corazón cuan rápido se enfría!
Ese fuego voraz de la ternura
Dura tan sólo pasajero día.
Esa que ves hermosa criatura,
De gracias mil y de candor modelo,
Mañana habrá perdido su hermosura,
Será despojo vil, que cae al suelo.